

SEMBLANZA DEL P. GABRIEL

GABRIEL GUARDA GEYWITZ

*Luis Vargas Saavedra*¹

Dentro de su adusta figura en hábito benedictino, iban en contrapunto: el sacerdote, el historiador, el arquitecto, el viajero, el esteta, constituyendo un patronato de cultura espiritual puesto a disposición de quien conversara con él. Y cada faceta de ese conjunto de Gabrieles era expresada con sencilla elegancia y con un entusiasmo contagioso. Con una voz serena y con cierta aspereza de gamuza en el tono, se exaltaba describiendo la fachada de la *Chiesa di Sant'Ivo alla Sapienza*, por Borromini en una Roma que quizás conocía mejor que un romano; describía vívidamente el asombro cristiano cuando se exhumó a Fernando de la Cerda en el Monasterio de las Huelgas en Burgos, y lo hallaron vestido a la morisca.

Y cómo durante la Guerra Civil la feligresía sevillana, previendo ataques a sus iglesias y cofradías, habían sacado y repartido entre ellos las joyas de la Virgen, y cuando, acabado el conflicto, fueron devolviéndolas, se halló que habían aumentado.

Nos aconsejaba ir a ver Monreale cerca de Palermo, “la más maravillosa iglesia bizantina”; preferir Gubbio a Asís “*que está demasiado restaurado;*” *no dejar de visitar la iglesia de San Clemente que “es una torta de milhojas de tres santuarios: abajo el templo a Mitra, luego una iglesia románica y encima una barroca”*.

1 Nacido en Santiago el 7 de febrero de 1939. Faena en varios oficios: pintor con numerosas exposiciones en el extranjero; escritor de poesía y de prosa en compilaciones, estudio y ensayos, además críticas publicadas desde 1967 en *El Mercurio*; profesor universitario, doctorado en la Universidad Complutense de Madrid con una tesis dirigida por Dámaso Alonso, sobre el libro inédito *Lagar II*, de Gabriela Mistral; ha ejercido en los Estados Unidos, Australia y Chile.

Y cuando vivíamos en Madrid, “tienes que contemplar la fachada (reconstruida) de lo que fue el Palacio de los Vargas en la Plaza de la Paja en pleno barrio de La Latina en el Madrid antiguo. San Isidro Labrador trabajó para la familia Vargas, has de saber”.

Con cuanto sabía, pudiera haber hecho un libro magistral sobre los sitios admirables tanto en Roma como en Madrid, y armarlo juntando dos rumbos: arquitectura y religión. Saber de proporciones espaciales y órdenes de capiteles, se parece a saber de escuelas de exégesis y tipos de oración. En fin, va todo matizándose mutuamente hasta cuajar un camino hacia Jesús.

Si se pudiera hacer un catastro de sus amistades, de sus contactos *urbi et orbe*, podríamos abarcar la irradiación de Gabriel. Bueno, cada uno la sabe, la repasa, lo recibe.

Gabriel equilibraba posturas ajenas cuando se desencajaban, compartía confianza a los desalentados, y en sus homilías, que podríamos llamar “*impromptus*”, se dejaba guiar por el Espíritu Santo. En la *Lectio Divina* de cada sábado, nos instaba a expresar nuestra reacción al texto bíblico, respondía preguntas y daba, al fin, un comentario suyo siempre esperanzado. “La Iglesia comenzó con traiciones, la de Judas, con Jesús aún vivo, luego las de los herejes y desde ellos eso sigue en posta hasta hoy y mañana. No hay, pues, que desalentarse, además cuántos santos que no sabemos viven ahora cerca o lejos de nosotros: pueden ser parientes, vecinos, desconocidos, que se santifican calladitos.”

Y con su buen humor nos destacaba que las ovejas “cachan” a su pastor. Y esa palabra nueva, chilena y coloquial, siendo tan remota del vocabulario culto de su prosa de historiador, latía bien en la conversa a lo divino y calentaba la fe de los que lo escuchábamos cachando el sentido.

Con pericia de conductor de almas y de interpretaciones bíblicas, nos ajustaba a la verdad, sin que se notara que nos estaba... arriando... a lo divino.

Cuando antes de ser Gabriel era Fernando, estudiante de arquitectura, su estampa no tenía severidad sino una elegancia sobria, gris y beige, y los entornos que escogía pronto participaban de lo mismo. El taller en que terminaba su tesis para recibirse de arquitecto, era una joyita de arquitectura colonial que parecía hecha por él, o para él.

Su dormitorio de soltero estaba decorado con un gusto acogedor y a esa pieza me convocó a secas. Acudí intrigado. Tranquilamente me dijo:

“Quiero que sepas que entraré al monasterio benedictino...”.

“Pero ¡qué maravilla! Creí que me ibas a decir que tenías el mismo cáncer de tu hermana”.

Nuestro Cónsul Juan Mujica de la Fuente, que lo tuvo alojado en Barcelona, contaba que la visita de Fernando a la Virgen de Montserrat, indudablemente lo iba a conducir al sacerdocio: su vocación se podía ver y tocar.

Aunque no tuve la merced de verlo durante su período de abad del Monasterio de la Santísima Trinidad, estoy seguro de que debe haberse desempeñado gabrielmente. Sus monjes han sabido aprenderle el esmero por la belleza como alabanza. ¿Fue idea suya, aprendida en Toledo, el pavimentar el claustro con oloroso tomillo para Cuaresma? ¿Qué tuvo que ver en la instalación del órgano de madera y plomo, y en el formato de las lámparas? ¿Y en el jardín del claustro? Donde un día, sentado encima del brocal, vio una abeja que se debatía sobre el agua tratando de volar. La sacó con cuidado, la puso al sol. De repente se fue la abeja. “Lo curioso es que desde entonces no me pican.”

Terminada la misa, iba siempre a conversar con el organista, luego venía a saludarnos y nos encaminaba hacia afuera, allí estaba ya congregado un enjambre de amigos para disfrutarle una conversa antes que sonaran las campanas llamándolo a entrar.

“¿Y qué te pareció la película sobre ese monasterio trapense?”.

“Está hecha para laicos, pero a mí, como monje, todo eso es sabido y conocido, y es el orden de cada día. Mi vida se rige por las campanas”, decía al despedirse sonriendo.

Gabriel y el hermano Martín, diseñaron conjuntamente la iglesia del monasterio, toda regaloneada de luz y de blancura reverberante, se unen allí el canto gregoriano, el concreto entablado a la vista, el suelo de cemento pulido y la Virgen estilizada. Lograron un estilo que empalma lo medieval con lo moderno y es un regalo arquitectónico a Dios.

Como historiador la obra máxima de Gabriel es la *Edad Media de Chile, Historia de la Iglesia, Desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé, 1541 – 1826*. Años rastreando datos (en 1966 me pidió que le buscara en la Biblioteca Nacional de España, unos archivos sobre las normas para el hallazgo de huacos ocultos bajo los altares peruanos), años abarcando sucesos y opiniones que frase tras frase cuajaron esta obra que se lee con agrado porque es amena, está preciosamente ilustrada, y ejerce una prosa personal con sabor castizo y chileno. Las frases largas las labraba arquitectónicamente y además le resultaban musicales. Y con las cortas daba rotundidad a las conclusiones.

Nos ofrece una visión de la Iglesia en esos años, que no cae en nostalgias ni en partidismos. Supo moderar su inclinación a la alabanza eufórica (con que hablaba) y darnos descripciones comedidas junto con semblanzas equilibradas, manteniendo en todo una equidad convincente.

Debe haberse apenado ante las fallas de algunos miembros del Cuerpo Místico, pero sin perder su convicción en el triunfo final de Jesucristo. Para Gabriel historiador, Chile y el mundo han ido peregrinando con altibajos, sin perder el destino trascendental.

Y desde donde él esté, contribuirá a que se mantenga.